

Legado cultural de Arturo Ardao: pensar desde Latinoamérica

Por Susana VAZQUEZ*

I Presentación

EL 22 DE SEPTIEMBRE DEL 2003 fallecía Arturo Ardao en Montevideo; el 8 de junio del 2004 fallecía en México Leopoldo Zea. El Uruguay perdía su mayor pensador de la segunda mitad del siglo xx; América Latina a dos representantes de la cultura con los que había alcanzado la máxima distinción en el plano de la historia de las ideas y de la filosofía.

Una entrañable y larga amistad basada en el compromiso compartido con una idea los había unido durante medio siglo: “América Latina no es un regionalismo más, sino que constituye más que eso. Una nacionalidad en proceso histórico de organización [...] *el latinoamericanismo es en definitiva un nacionalismo* [...] que se traduce en búsqueda afanosa de identidad”.¹

Años más tarde, de regreso a nuestro país luego del exilio, expresaba Ardao en el prólogo a la magnífica antología de la obra de Zea editada por la Biblioteca Ayacucho de Venezuela:

El estrecho compañerismo intelectual y humano, desde los lejanos años de coetánea iniciación, con Leopoldo Zea, hace por un lado fácil y por otro difícil este prólogo. En cualquier caso, lo hace grato en extremo, como lo hace también —al margen de acuerdos y desacuerdos— la compartida inspiración latinoamericanista que anima al volumen, inseparable de la que ha animado, invariablemente, a aquel compañerismo.²

Esa compartida inspiración latinoamericana llevó a ambos autores, durante más de cincuenta años, a una doble tarea simultánea: historiográfica, en el sentido de investigar el proceso de adopción y posterior adaptación de las ideas europeas en América; filosófica, en el

*Profesora en la Facultad de Derecho de la Universidad de la República. Montevideo, Uruguay. E-mail: <svazger@adinet.com.uy>

¹ Leopoldo Zea, “Prefacio”, en Leopoldo Zea, coord., *América Latina en sus ideas*. México, UNESCO / Siglo XXI, 1986, p. 12

² Arturo Ardao, “Prólogo”, en Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso de liberación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. ix

sentido de interpretar la adaptación cumplida en función de las circunstancias históricas en que esas “efectivas ideas” —siguiendo a Ortega y Gasset— surgían y se desarrollaban.

Expresó Ardao: “Una historia de estas efectivas ideas, relacionadas con el contexto cultural en que surgen y operan, no sólo es posible sino que es la única teóricamente válida”.³ Su rastreo de las ideas, realizado primero a nivel nacional, hizo que aparecieran obras fundacionales para la historiografía uruguaya: *Filosofía preuniversitaria en el Uruguay* (1940), *La Universidad de Montevideo: su evolución histórica* (1950), *Batlle y Ordóñez y el espiritualismo filosófico* (1951), *La filosofía en el Uruguay en el siglo xx* (1956), *Introducción a Vaz Ferreira* (1961), *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay* (1962), *Rodó su americanismo* (1970), *Etapas de la inteligencia uruguaya*. A nivel de la producción continental destacamos: *Filosofía en lengua española* (1963), *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (1980), *Nuestra América Latina* (1986), *Andrés Bello filósofo* (1986), *La inteligencia latinoamericana* (1987), *Romania y América Latina* (1991). Finalmente, cabría una tercera categoría de obras en las que Ardao incursiona en la antropología filosófica, motivada por la idea ontológica del espacio “en tanto éste es inclusivo del tiempo, la gnoseológica de la inteligencia, en tanto ésta es inclusiva de la razón”.⁴

Las múltiples y ricas facetas de la personalidad de Ardao —filósofo, historiador de las ideas, docente universitario (y en sus comienzos también profesor del segundo ciclo de Enseñanza secundaria y, posteriormente, de Formación Docente en el Instituto de Profesores Artigas), decano de la Facultad de Humanidades y miembro del Consejo Directivo Central además de periodista—, obligan, al evocarlo, a optar por uno de sus perfiles: en nuestro caso hemos elegido el de investigador y docente fundador de la Cátedra de Historia de las Ideas en la Universidad de la República, a la que orientó, durante su magisterio de más de medio siglo, hacia un enfoque historicista de cuño orteguiano que compartimos y procuramos transmitir a las jóvenes generaciones, estableciendo, en la unidad introductoria de nuestro curso de Historia de las Ideas, su obra *La inteligencia latinoamericana* como texto motivador.

³ Arturo Ardao, *La inteligencia latinoamericana*. Montevideo, División Publicaciones y Ediciones de la Universidad de la República, 1987, p. 112

⁴ María Angélica Petit, “La antropología filosófica de Arturo Ardao”. *Semanario Brecha* (Montevideo), 29-1-93

Para Ardao, “es la Universidad el más activo e incondicionado órgano de creación y transmisión del conocimiento”.⁵ En oportunidad de haberle sido entregado el título de Profesor Emérito en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República, recibió el homenaje de múltiples generaciones que lo recordaron con profundo respeto por la calidad de la enseñanza impartida y por los valores éticos implícitos en sus tareas docentes. En la ocasión, a su vez, el profesor recordaba como “su advenimiento [la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1945] en los comienzos de nuestra carrera docente fue una verdadera fortuna generacional [...] Más de una vez incomprendida aquella creación modificó cualitativa, ya no sólo cuantitativamente, el *corpus* universitario”.⁶ Arturo Ardao reconoce la importancia que al respecto tuvo el pensamiento y la acción de Vaz Ferreira. Apenas cuatro años después, por Ley de 1949 se creaba el Instituto de Profesores Artigas, merced al empeño, la fuerza y la capacidad de Antonio M. Grompone: Ardao tomaría en el instituto el curso de Historia de las Ideas. También —acotamos nosotros— las sucesivas generaciones de egresados modificarían la enseñanza secundaria, profesionalizando sus cuadros docentes. Desde nuestro presente podemos decir que tuvimos el privilegio de formarnos en ese momento fermental para la cultura uruguaya.

En el ejercicio de la docencia, Ardao priorizó la búsqueda y la expresión de la verdad, la justicia y la rectitud en el desempeño de su labor intelectual así como en el compromiso social y político asumido con una distancia crítica que no lo ató a ninguna consigna. Cuando las circunstancias lo exigieron supo defender—como decano primero y luego como consejero del Directivo Central— el ideal cívico universitario, republicano y democrático, que también como periodista de

Marcha y posteriormente desde *Cuadernos de Marcha*, contribuiría a difundir entre sus connacionales. Empleando la categoría vazferreiriana digamos que Ardao fue un *hombre necesario* que la dictadura no logró silenciar. Desde el exilio venezolano, para bien de nuestra cultura y la de América Latina toda, su trabajo intelectual y su docencia fermentaria prosiguieron.

⁵ Arturo Ardao, *La Universidad de Montevideo. su evolución histórica*, Montevideo, Centro de Estudiantes de Derecho, 1950, p. 102.

⁶ Discurso pronunciado al recibir el título de Profesor Emérito. Agradecemos a su hija Alicia Ardao la gentileza de habernos proporcionado el mismo

2. Trayectoria intelectual de Ardao

LA trayectoria intelectual de Arturo Ardao se inscribe dentro de la generación de los cuarenta del siglo pasado, que él mismo calificó de “fundante” para la filosofía continental. Las circunstancias internacionales no fueron ajenas a este despertar filosófico de los países latinoamericanos: al cuestionamiento de los valores de la civilización occidental —que venía produciéndose desde las postrimerías del primer conflicto mundial agravado considerablemente en el periodo de entreguerras— se sumó ahora, antes y durante la segunda conflagración, el desquiciamiento de las democracias liberales y de los principios básicos de Occidente: la libertad, la igualdad, el humanismo, el racionalismo, el principio de autodeterminación de las nacionalidades etc. La caída de Francia —“representante y guía de la latinidad”, en Europa y en América para Ardao—⁷ frente a la barbarie nazifascista, fue para los intelectuales americanos (también para sus pueblos en otros niveles), un revulsivo, un duro interrogante que les llevó a replantearse el tema del *sujeto y el objeto* de la filosofía americana y por ende el de los contenidos de una historia de las ideas en América Latina.

El tema sigue siendo apasionante para el pensamiento latinoamericano, lo fue en grado superlativo para Ardao y está implícito o explícito en toda su obra: razones de tiempo impiden abordarlo con profundidad; adelantemos sólo algunas breves citas en las que el autor esclarece —imprescindible tarea previa para él— el papel que desempeña *el concepto de idea* en el contexto genérico de la “historia de las ideas”. Transcribiendo a Ortega nos dice:

Ninguna idea es sólo lo que ella por su exclusiva apariencia es. Toda idea se singulariza sobre el fondo de otras ideas y contiene dentro de sí la referencia a éstas. Pero además ella y la textura o complejo de ideas a que pertenece, no son sólo ideas, esto es, no son puro “sentido” abstracto y exento que se sostenga a sí mismo y represente algo completo, sino que *una idea es siempre reacción de un hombre a una determinada situación de su vida.*

En esos y otros concurrentes desarrollos, un malentendido ha perturbado, sin embargo, la comprensión del verdadero carácter de la historia de las ideas. Es el que resulta de la ambivalencia radical, en este dominio, del término *idea*: la *idea* como concepto general y la *idea* como afirmación o negación, es decir como juicio [...] El manejo del vocablo *idea* en el implícito

⁷ Véase, especialmente, el cap. VIII, “América Latina y la Romania románica”, en Arturo Ardao, *Romania y América Latina*, Montevideo, Biblioteca de Marcha / Universidad de la República, 1991.

sentido de juicio es de tradición en la historia de la filosofía [...] Pensar, ya se sabe, es juzgar [...] *es como juicios que las ideas funcionan*.⁸

Por tanto, es imposible hacer historia de las ideas si se elude hablar de hombres y de colectividades de hombres, porque son sus respuestas filosóficas a determinadas circunstancias las que la legitiman. Y destaca: “Por su generalidad teórica, el pensamiento filosófico condiciona en cada época todas las demás manifestaciones de la inteligencia, lo que no puede menos que reflejarse en las historias respectivas”.⁹

Nuestro país debe a la creatividad y al rigor académico de Ardao el lugar destacado que ocupa en el continente, por haber investigado y esclarecido las raíces del pensamiento propio, desde la primera idea del americanismo literario, ya señalada por el joven Rodó en 1895 en sus ensayos *El americanismo literario* y *Juan María Gutiérrez y su época*.¹⁰ El erudito estudio comparativo que hace Ardao de la evolución que llevó desde un incipiente sentido de pertenencia, hasta “un deliberado programa de expresión literaria del espíritu propio o auténtico de nuestra América”¹¹ le permite afirmar que es Andrés Bello, junto con Rodó, el verdadero iniciador del americanismo literario.

No obstante, considera Ardao que la definición histórica del americanismo literario se producirá con la generación del romanticismo (al igual que en Europa) en la que afloraron los sentimientos nacionales, tanto en las expresiones de la cultura intelectual como en la popular, ejemplificando esta última con los “Cielitos” de Bartolomé Hidalgo, entre otras manifestaciones.

Dentro de la primera, destaca la obra de Esteban Echeverría, con quien comienza un amplio americanismo cultural que rebasa el marco literario, culminando para nuestro autor en la obra de Juan Bautista Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* y en el ensayo “Ideas para un curso de filosofía contemporánea” publicado en Montevideo en 1840. En la opinión de José Gaos, que transcribe y comparte Ardao, este ensayo de Alberdi es considerado como una “declaración de independencia estrictamente filosófica en nombre de toda América”.¹²

⁸ Ardao, *La inteligencia latinoamericana* [n. 3], pp. 115-118, *passim*. Las cursivas son nuestras en ésta y en las citas siguientes.

⁹ *Ibid.*, p. 120.

¹⁰ José Enrique Rodó, *Obras completas*, 2a. ed., Madrid, Aguilar, 1967.

¹¹ Ardao, *La inteligencia latinoamericana* [n. 3], p. 6.

¹² *Ibid.*, p. 77.

En ocasión del homenaje que tributaran a Ardao y a Arturo Andrés Roig la Secretaría del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y el Corredor de las Ideas del Cono Sur, declarándolos “Huésped de Honor de la ciudad de Buenos Aires”, en junio del 2000, Ardao se refirió — con su habitual modestia— a “todo lo que [debo] al pensamiento argentino, a los pensadores argentinos”. Al recordar la comunidad de ideas existente entre la academia de ambas márgenes del Plata y señalar los comienzos de su actividad intelectual, enfatizó respecto a la común y originaria vocación nacional y latinoamericana:

El punto de partida no es otro que el de nuestra personal iniciación en la historia de las ideas, en los últimos años de la década del 30, en estrecha relación con el también comienzo de nuestra vocacional dedicación a la filosofía, a cuya docencia nos incorporamos en 1941. Por supuesto, inevitable fue la diversidad de influencias, propia de todo periodo de formación, destacándose en lo más inmediato, para nosotros, la de nuestro Vaz Ferreira. Pero ya, en ese periodo inicial, determinante vino a resultarnos la atracción de la historia del pensamiento filosófico nacional y latinoamericano, como indispensable condición de la autenticidad e independencia de uno y otro. En el Uruguay tal historia era entonces inexistente por completo. Y es en esas circunstancias que dos grandes obras argentinas, de muy reciente publicación entonces, se convirtieron en decisivas para toda una dominante dirección de nuestro destino personal en el campo de los estudios filosóficos.¹³

Ardao se refiere concretamente al estímulo que la obra *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (1936), de Alejandro Korn, y *La evolución de las ideas argentinas* (1937), de José Ingenieros, significaron para la labor de los investigadores de historia de las ideas, tanto en Argentina como en Uruguay. Y expresa: “Como testimonio personal, recuerda el que esto escribe la sugestión recibida en esos años de las mencionadas obras de ambos maestros”, añadiendo posteriormente las influencias recibidas de Aníbal Sánchez Reulet, Risieri Frondizi y especialmente la de Francisco Romero, que se ejerció también de manera notable sobre Leopoldo Zea, en ocasión del misionero viaje que éste realizara, a partir de 1945, investigando cómo había operado el pensamiento positivista en el conjunto de nuestros países, abarcados orgánicamente como comunidad cultural.

¹³ Arturo Ardao, “Reflexión”, en “Homenaje a dos grandes pensadores rioplatenses: Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig”, *Cuadernos de Marcha* (Montevideo) (junio del 2000), pp. 34-35.

Señaló asimismo Ardao en esa oportunidad, la enorme importancia que tuvo el contacto entre la Cátedra Alejandro Kom fundada por Francisco Romero en Buenos Aires y el Seminario de tesis de Historia de las Ideas fundado por el maestro español transterrado José Gaos en El Colegio de México; contacto que se potenció por las relaciones personales que a partir del viaje de José Vasconcelos en 1922 a Buenos Aires y, muy especialmente de Zea en 1945, generaron perdurables lazos de amistad e influencias recíprocas entre los pensadores representantes de los dos focos de investigación y reflexión filosófica. México y Buenos Aires.

De ahí el enorme interés de Leopoldo Zea por *Filosofía preuniversitaria en el Uruguay*, ya publicada, de Arturo Ardao. Le expresa en carta enviada desde Buenos Aires el 30 de septiembre de 1945:

Su libro ha sido para mí de una gran ayuda para el trabajo que quiero realizar una especie de estudio comparativo sobre la influencia del positivismo en Iberoamérica; pero esta influencia sería insuficiente verla si no se va antes a las diversas doctrinas filosóficas que le precedieron, su libro me ayuda en eso mucho, pues me muestra el ambiente cultural y de ideas en que se movía su país con anterioridad a la doctrina que me interesa conocer Don Francisco Romero me dice que está usted trabajando la segunda parte de mi trabajo en la que entra el propio positivismo uruguayo.¹⁴

La publicación de estas cartas —hasta ahora inéditas— que Zea fue escribiendo a su colega Ardao desde los distintos países que iba visitando —afirma María Elena Rodríguez Ozán en la introducción:

es un magnífico testimonio de cómo se fue creando esta red de investigadores que por tantos años trabajaron juntos y conformaron un movimiento que ha perdurado hasta nuestros días [...] De todos ellos es Arturo Ardao el que mejor sintetizó la importancia que tuvo la constitución de los fundadores, quienes además lograron consolidarse como grupo doctrinario en 1950 en el Tercer Congreso Interamericano de Filosofía, realizado en la ciudad de México.¹⁵

¹⁴ "Introducción" de María Elena Rodríguez Ozán a "Cartas de Leopoldo Zea a Arturo Ardao". *Cuadernos Americanos* (México), núm. 106 (julio-agosto del 2004), p. 13

¹⁵ *Ibid*

3. Ardao y la historia de las ideas en Uruguay y Latinoamérica concepto, metodología y función actual

El pensamiento mancomunado de estos “fundadores” contribuyó a la gestación y maduración de una común conciencia latinoamericana y al planteamiento de lo que —según Ardao— suele denominarse *el problema de la filosofía latinoamericana*.

Al abordar el tema de “el latinoamericanismo filosófico de ayer a hoy” expresa:

Una extendida controversia sobre el concepto de filosofía latinoamericana, ha tenido lugar en nuestros países desde poco antes de finalizar la primera mitad del presente siglo. Con altibajos y cambiantes apariencias, sigue en pie. Ha venido girando ella en torno a dos cuestiones fundamentales: por un lado si existe, y en caso negativo si debe existir, una filosofía latinoamericana, por convencionalismo tácito llamada tradicionalmente, aunque cada vez menos, filosofía americana; por otro lado, en caso de admitirse o postularse su existencia, cuál es o debería ser su naturaleza, es decir, qué es lo que como filosofía la hace o la hará merecedora de la calificación de latinoamericana.¹⁶

La respuesta de Ardao a ambas preguntas es tajante:

1) en la cuestión de la existencia, no parece reversible el sitio propio que el término “filosofía latinoamericana” ha conquistado en el marco del espíritu objetivo, 2) en la cuestión del significado dos grandes orientaciones —cada una de ellas con distintos matices— han venido contraponiéndose la que tiende a caracterizar a la filosofía latinoamericana ante todo por su objeto, en cuanto filosofía de lo latinoamericano, filosofía de temas y problemas propios de nuestra América, y la que tiende a caracterizarla ante todo por su sujeto, en cuanto filosofía del latinoamericano, o de los latinoamericanos, cualquiera sea el objeto, latinoamericano o no, de su filosofar.¹⁷

Al respecto, invocando a Bello y a Alberdi, Ardao afirma “la necesidad de la existencia de una filosofía de lo americano, que resuelva el problema de los destinos americanos”, en el ámbito de lo que hoy llamaríamos filosofía del hombre, la cultura y la historia de América.

¹⁶ Ardao, *La inteligencia latinoamericana* [n. 3], pp. 73-74

¹⁷ *Ibid.*, p. 74

En cuanto a la relación entre historia y filosofía de la historia, reafirma que “ninguna filosofía de la historia es legítima si no toma como punto de partida los hechos concretos, es decir, la historia a secas”.¹⁸

Respecto de lo que una filosofía de la historia puede tener al mismo tiempo de general y de particular, expresa que

la filosofía general de la historia es incapaz de conducirnos por sí misma a la filosofía particular de la historia de un pueblo, desde que ésta sólo puede erigirse sobre el conocimiento de los hechos propios y distintivos de dicha historia. *Es lo que obliga a elaborar tanto como una historia particular, una también particular filosofía de la historia de los pueblos americanos.*¹⁹

Independencia del pensamiento [...] Ésa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa [el obligante tema latinoamericano] “lo latinoamericano” constituye un objeto privilegiado para la filosofía latinoamericana. La propia filosofía europea, habitualmente considerada arquetipo de universalidad, ha hecho también de “lo europeo” un objeto privilegiado para ella [...] Pero la condición de *latinoamericana de la filosofía latinoamericana*, no resulta de una temática específica a la que necesariamente se circunscriba, o deba circunscribirse. Resulta de la *condición latinoamericana de los sujetos que la cultivan, en tanto integrantes de una comunidad histórica con su característica tradición de cultura y su consiguiente tonalidad espiritual*²⁰

Respecto de la obligada distinción entre la condición de agentes históricos que tienen, por un lado las ideas en general y por otro las ideas filosóficas en particular, afirma Ardao que es a la influencia histórica de estas últimas, las filosóficas, a las que es necesario atender, ya que *las concepciones filosóficas operan como factor de la historia común*, pero de distinta manera a las otras ideas: lo hacen actuando a través de las particulares ideas políticas, jurídicas, sociales, económicas, educativas. La historia de las ideas filosóficas resulta incluida con carácter sectorial en la historia de las ideas, es una parte de la historia del pensamiento, y ésta una parte de la general historia de las ideas.

Puntualiza de inmediato:

Pero en otro sentido, *las ideas filosóficas son las de acción más universal*: es siempre teniéndolas a ellas por inspiración o fundamento, más o menos consciente o inconscientemente, que las demás ideas inciden sobre la rea-

¹⁸ *Ibid.*, p. 81

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*, p. 88

lidad, al mismo tiempo que entre sí. De enlace entre estas demás ideas y la pura filosofía, actúan los contenidos propios de la filosofía aplicada filosofía del Estado, del derecho, de la religión, de la ciencia.²¹

El cultivo sistemático de la historia de las ideas ha llegado a constituir uno de los rasgos más característicos de la cultura latinoamericana actual. Aprovechemos la oportunidad para expresar que, lamentablemente, ello no se ve reflejado en nuestros planes y programas de estudio, ni se le ha dado los espacios suficientes, especialmente en lo atinente al pensamiento latinoamericano. Es cierto que la disciplina tiene un campo de acción muy amplio y difícil de limitar, pero también es cierto que brinda a los estudiantes, o contribuye a darles claridad respecto de las huellas que las ideas de nuestro antepasados en sentido amplio han dejado en nuestras instituciones, en nuestros valores, también en nuestras disputas y desinteligencias actuales y en los posibles caminos para superarlos.

Bajo la nueva óptica en la que la historia coloca a la filosofía, según Ardao,

en tanto [que] *condicionada* recepciona y asume procesos [que se remontan desde la infraestructura material bioeconómica, en tanto [que] *condicionante* [transmitiendo y rigiendo] procesos que descienden desde la superestructura intelectual, científico-ideológica [hace que] “el entrecruzamiento socialmente más significativo se [produzca] cualquiera sea la dirección o el sentido de los procesos, en los campos de la educación y la política [Por ello, nos dice], el propio filosofar resulta troneado desde los opuestos extremos, para servir, con mayor o menor eficacia, de agente intelectual de dominación o de emancipación”²²

Para Ardao y para lo que él llama *la inteligencia latinoamericana*, ese momento ha llegado. La estima de lo propio, *la vuelta sobre sí de la conciencia filosófica latinoamericana*, para reflexionar sobre

la peripezia de su historia, su cultura y su gente marginadas se ha vuelto un imperativo. Y es autoclarificándose de ese modo, desde sus vitales circunstancias a sus intransferibles situaciones objetivas y subjetivas, que se reconoce protagonista de la universalidad humana a igual título que cualquier otra región del planeta, vocada, por lo mismo, a encarar con independencia también igual, los más universales, por humanos, objetos filosóficos.²³

²¹ *Ibid.*, p. 124

²² *Ibid.*, p. 135.

²³ *Ibid.* p. 139

Destaquemos entonces lo que a nuestro juicio constituye la esencia del legado cultural de Ardao: pensar desde Latinoamérica, como tarea ineludible de la inteligencia continental, para poder asumir todo su pasado, en especial la dependencia cultural; para posibilitar la *aufhebung* hegeliana de lo europeo, lo indígena, lo negro —que planteara Zea en su “proyecto asuntivo”;²⁴ para permitir el alumbramiento de una nueva conciencia en América Latina, quizás convertida en “el otro Occidente”, un lugar donde el hombre deje de ser el lobo del hombre y el reo y sea, pura y simplemente *hombre*.²⁵ Quizás en este momento “nosotros también compartimos la melancolía quiijotesca por un pasado cuya desaparición nos afecta”, un lugar, “América Latina [que] puede tener un rol central en la dialéctica Europa-Estados Unidos [...] un lugar donde los principios de la Ilustración no han desaparecido”.²⁶

Finalizo con palabras de Ardao: “Entendida así, esa actitud de espíritu, determinante de tantas concretas tareas de orientación de las transformaciones y los cambios, tendría que ser — eguir siend — la condición primera, por básica, de la función actual de la filosofía en Latinoamérica”.

24 Susana Vázquez “La historia de las ideas en la perspectiva de Leopoldo Zea”. *Revista de la Facultad de Derecho (Montevideo)* núm. 10 (julio-diciembre de 1996)

25 Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona, *Anthropos*, 1988.

26 Roger Chartier, director de estudios en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París desde 1984, orientada hacia una auténtica nueva historia que define como historia cultural de lo social. Reportaje realizado por Rogelio García Cárcel, *La Nación y ABC* (Madrid) 17 X 2004